

LA JOVEN Y LA MUERTE

Higinio García



*Vestíste de piel y carne,
Y cubríste de huesos y nervios (Jb 10,11).*

Esta chica que se está poniendo guapa delante del espejo no ve lo que nosotros vemos.

El pintamonas (servidor) ha querido ilustrar lo horrible y lo fascinante, *tremendum* et *fascinans*, del tiempo y la belleza.

Tremendum: el esqueleto: la experiencia brutal, ruda y descarnada, de un mundo sin salida, encerrado en las dimensiones de lo que llamamos la materia: el espacio, el tiempo, la masa... Lo que queda de los pedazos que se van cayendo poco a poco desde que se pica el primer diente hasta que se pudren las tripas, el corazón y el cerebro.

Fascinans: la belleza de la chica: algo de lo que la carne no es más que el soporte (¿o la tramoya?), como las ondas sonoras son el soporte de la Novena Sinfonía, o las ondas luminosas el de los cuadros de Goya.

Y los dos están ahí: el problema es saber de qué lado del espejo está el espejismo: del lado de la chica si el destino final de la belleza, la verdad última, es lo que vemos nosotros; del lado nuestro, si lo que ve la chica: la belleza, lo *fascinans*, sobrevive al cuerpo que se deshace.

¿Quién está viendo visiones, ella o nosotros?

A primera vista

1.

Todo es desgracia (Buda)¹.

A primera vista, parece que es ella, que ve lo que hay delante del espejo, pero no lo que hay detrás. Porque la belleza es efímera.

Y no faltan autoridades para apoyarlo:

Calderón, por ejemplo:

Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana

¹ Sarvaṃ duḥkam.

durmiendo en brazos de la noche fría (*El Príncipe Constante*).

O la Biblia²:

Y el cuerpo mío se va gastando como de carcoma, Como vestido que se come de polilla.

El hombre nacido de mujer, Corto de días, y harto de sinsabores:

Que sale como una flor y es cortado; Y huye como la sombra, y no permanece (*Jb 13,28-14,2*).

Y si la flor que no dura más que desde la mañana hasta la noche — igual que nosotros o apenas un poco menos— además no sufre, entonces hasta nos lleva ventaja, porque nosotros sí que sufrimos.

La belleza y la vida pasan in *ictu oculi*, en un abrir y cerrar de ojos, como pintó Valdés Leal, en un tiempo y un espacio desiertos de realidad. La vida de esta chica, la Historia entera, son sombras chinescas.

Segundo, porque la belleza no es más que la cosmética del horror.

Mirado como dos momentos del tiempo, el dibujo no deja lugar a dudas: joven que no ve la muerte, muerte que mira a la joven. Y cada una está delante de sí misma, porque son la misma persona retratada "antes y después", como en los anuncios; triste historia de un engaño, en el que al final se descubre la verdad. El engaño: la belleza de la joven, montaje de carne y piel, no más duradero que los menjurjes que se está untando, que enmascara momentáneamente la realidad: el horror de los tendones, las vísceras y los humores que acabarán pudriéndose o amojamados en un museo, como los de la hermosa Nefertitis.

Tercero, porque la belleza, como todo lo que nos rodea, es un espejismo, una ilusión engañosa de la subjetividad de cada uno y de cada época. Lo que al uno le parece bonito, al otro le parece feo. Lo que gustaba ayer ya no gusta hoy.

Total: que no hay realidad, sino afeitte y tramoya: solo la mentira es verdad. Sin títere lógico: que la nada nos envuelve por dentro y por fuera, antes de nacer y después de morir, y que nos estamos contando cuentos para tranquilizarnos, para no ver lo que se nos viene encima, porque, como decía el cura de Pérez-Reverte en *La Piel del Tambor*, "La verdad mata antes de tiempo".

² Citas por la versión Reina-Valera antigua.

Sin embargo

2.

Y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar a la hermosa mora (Don Quijote, I, cap. 37).

Y sin embargo, Santo Tomás de Aquino piensa que lo bello es lo mismo que lo bueno; nosotros los distinguimos porque lo bello, sobre lo bueno, tiene la ventaja de que va encaminado al conocimiento. Y el conocimiento está en relación con la verdad:

Lo bello es lo mismo que el bien, diferentes solo para nuestra razón. En efecto, siendo el bien lo que apetecen todas las cosas, es de la razón del bien que en él descansa el apetito; pero pertenece a la razón de lo bello que con su vista o conocimiento se aquiete el apetito. Por eso se refieren principalmente a lo bello aquellos sentidos que son más cognoscitivos, como la vista y el oído al servicio de la razón, pues hablamos de bellas vistas y bellos sonidos [...]. Y así queda claro que la belleza añade al bien cierto orden a la facultad cognoscitiva, de manera que se llama bien a lo que agrada en absoluto al apetito, y bello a aquello cuya sola aprehensión agrada (*Traducción <<http://hjpg.com.ar/sumat/>>*)³.

Con lo cual parece estar de acuerdo Heidegger:

La belleza es una vocación del ser de la verdad, entendiendo por verdad el descubrimiento de lo que se cubre. Bello no es lo que gusta, sino lo que pertenece a esa vocación de la verdad, que se cumple cuando lo que está eternamente disimulado, y es por consiguiente invisible, aparece en su más alto grado de claridad⁴.

Lo bello sería lo mismo que lo bueno, y lo mismo que lo verdadero.

³ [...] pulchrum est idem bonum, sola ratione differens. Cum enim bonum sit quod omnia appetunt, de ratione boni est quod in eo quietetur appetitus, sed ad rationem pulchri pertinet quod in eius aspectu seu cognitione quietetur appetitus. Unde et illi sensus praecipue respiciunt pulchrum, qui maxime cognoscitivi sunt, scilicet visus et auditus rationi deservientes, dicimus enim pulchra visibilia et pulchros sonos. [...] Et sic patet quod pulchrum addit supra bonum, quendam ordinem ad vim cognoscitivam, ita quod bonum dicatur id quod simpliciter complacet appetitui; pulchrum autem dicatur id cuius ipsa aprehensio placet. (Suma Teológica 2-1 q27 a1 ad 3).

⁴ Die Schönheit ist ein Geschick des Wesens der Wahrheit, wobei Wahrheit besagt: die Entbergung des Sichverbergenden. Schön ist nicht das, was gefällt, sondern was unter jenes Geschick der Wahrheit fällt, das sich ereignet, wenn das ewig Unscheinbare und darum Unsichtbare in das erscheinendste Scheinen gelangt (Was heißt denken, II).

Y bien mirado

3.

Pesemos lo que se gana o se pierde, echando a cara o cruz que Dios existe. Estimemos estos dos casos: si ganáis, lo ganáis todo; si perdéis, no perdéis nada. Apostad a que existe, sin titubear (Pascal)⁵.

Saber, lo que es saber quién tiene razón, Calderón o Sto. Tomás, la chica o el pintamonas, nunca lo sabremos de manera racional, si por saber racional se entiende el resultado de calcular proposiciones. Nuestra lógica, por lo menos la del que esto escribe, no llega a tanto. La lógica desnuda, o no lleva a ningún sitio, o lleva al crimen o al suicidio. No lleva a ningún sitio, cuando se para en camino y nos invita a pacer tranquilos como ganado, hasta que llegue el camión del matadero. Lleva a matar, cuando se inventa diosillos sanguinarios que justifican la miseria y los crímenes presentes en nombre del bienestar y la justicia futuros: Patria, Pueblo, Mercado, Religión...; al suicidio, cuando se la obliga a sacar la última conclusión: que esta perra vida no vale lo que cuesta (y aquí Pascal podría estar equivocado: si perdemos, perdemos mucho: una muerte digna y a tiempo).

Pero podemos apostar por lo más razonable. Es decir, por una manera de pensar que sopesa la coherencia entre el mundo y la vida, entre la cabeza, las tripas y el corazón: la percepción estética, que enseña a saborear (*sapere* en latín, de donde viene *saber*) ese gusto que toman las cosas cuando se vislumbra lo que disimulan, y que, llevada a sus últimas consecuencias, culmina en la oración.

4.

Y dijo Jehová: Raeré los hombres que he criado de sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo: porque me arrepiento de haberlos hecho (Gn 6,7).

Nos parece claro que es imposible separar el "problema" de la belleza del "problema" de Dios: una belleza objetiva es posible solo si es eterna, o signo de lo eterno. Si dejamos de lado lo divino, si la belleza no es sacramento del mundo, signo visible de una realidad invisible, entonces debemos contentarnos con lo bonito o con lo original, que no es objeto de arte (humano o natural), sino de cosmética. El maquillaje es cosa de modas, que se imponen y pasan. La belleza tiene que ser símbolo de lo que quedará del mundo y de cómo quedará después del Juicio Final, después de que Dios lo sacuda, lo desempolva y lo limpie. Lo cual implica el problema de la existencia de Dios, que precisamente tampoco tiene solución únicamente lógica o racional.

⁵ Pesons le gain et la perte, en prenant croix que Dieu est. Estimons ces deux cas: si vous gagnez, vous gagnez tout; si vous perdez, vous ne perdez rien. Gagez donc qu'il est, sans hésiter (Pensées).

Y es que el "problema de Dios" no tiene solución porque no es un problema: es un misterio. Como la vida, el mundo y la belleza. Como la muerte, el sufrimiento y el horror.

El problema, es querer hacer del misterio un problema. El problema "lo tenemos" resuelto o sin resolver ("Eso es problema tuyo". "De eso me encargo yo". "Yo ya tengo bastantes problemas". "No *problemo*"). Si se quiere resolver un problema, hay que empezar por bien ceñirlo. Pero no podemos ceñir el misterio, porque es él el que nos envuelve, porque se entra en él como en una caverna, sin ni siquiera saber si hay salida (¿"Por qué me pasa esto a mí?" "¿Qué tiene ella que no tenga yo?" "¿Hasta cuándo va a durar esto?").

El misterio es *tremendum et fascinans*⁶, horrible y fascinante. Solo lo entrevén los niños, los poetas y los profetas: los que, de una u otra manera, ven lo invisible: a la Musa y al Duende, al Genio y al Hada, al Ángel, a la Gracia y al Espíritu...; y también a la Bruja y al Vampiro, al Monstruo y al Demonio.

Pero ¿tiene salida el misterio del vivir, el túnel del tiempo? ¿Va el Mundo del *tōhū wābōhū*, del vacío y del caos, al *šālôm*, a la paz, plenitud y apogeo final, o se está cayendo en ruinas la obra de Dios?

Catástrofes de la tierra, crueldad de los animales, y sobre todo del hombre, accidentes de la vida, enfermedades, maldad, estupidez... ¿Por qué la creación se le fue de las manos a Dios? ¿Por qué se le pudrió el mundo?

Parece que el cristianismo es la única religion que no tiene explicación convincente del problema del mal; más bien se habla del *mysterium iniquitatis*. Mejor así: porque para construir el mundo no hay que explicar el mal, que sería lo mismo que justificarlo, sino combatirlo.

El desorden del mundo puede indicar que está en ruinas, dejado de la mano de Dios. Pero también puede indicar que está en obras, y que los derrumbes más se deben a la chapucería y a la mala fe de los obreros que al plan del arquitecto. Que se ha de construir la Nueva Jerusalén, *dispuesta como una esposa ataviada para su marido* (Ap 21,2): es decir, hermosa. Que por eso se arrepintió Jehová de haberse arrepentido, y su arco ya no fue arma de guerra, sino arco iris: como si la puerta de la Jerusalén futura ya estuviera ahí.

Pudiera ser que la belleza natural de esta joven, como la de las florecillas del campo y la de los pajarillos del cielo, aunque aparentemente solo duren un instante, o precisamente por eso, porque no duran más que un instante, sea hierofanía, manifestación de lo sagrado, que en realidad quedará, porque para que el mundo realmente exista no solo en el futuro, sino también ahora, para que lo que pasó haya pasado de verdad, el instante tiene que ser, como dice Kierkegaard, no un átomo de tiempo, sino un átomo de eternidad, que no dura, sino que vive: *La eternidad es*

⁶ Definición de R. Otto.

la posesión totalmente simultánea y perfecta de una vida sin fin (Boecio)⁷. Si el instante es un átomo de tiempo, el pasado, el presente y el futuro, la vida, la Historia, se hunden en la nada; si es un átomo de eternidad, queda grabado en la vida perfecta.

5.

En cuanto a belleza, es algo que está ya en la naturaleza y lo único que el artista tiene que hacer es revelarla, quedándose con lo que es perfecto y componiendo, con su selección de bellezas particulares, lo bello "universal", que pertenece al arte. El ideal estético de Rafael es al mismo tiempo religioso (y específicamente católico) y profano (René Huighe)⁸.

La naturaleza no es cosmética, mentira que esconde la realidad, sino obra de arte que la descubre.

Si la belleza es revelación de la verdad, es inútil contraponer lo bello de la naturaleza a lo bello del arte.

"El arte es imitación de la naturaleza". Imitación, no copia. El arte imita la naturaleza en lo que tiene de revelación, de destello de la Trascendencia, en tanto que es sacramento, signo visible de una realidad invisible. Por algo los latinos tenían la misma palabra para decir "poeta" y "profeta": el verdadero artista, gracias a la Musa, al Duende o al Ángel, a la Gracia o al Espíritu que lo inspira, ve lo que los otros no ven: el vates es poeta y profeta: *a-divina*, ve lo divino, la claridad de lo numinoso que se esconde en lo profano, ve lo que los acontecimientos y la gente llevan por dentro y van a traer al mundo, y nos lo revela. En la Biblia, Dios llena de su espíritu (rûah 'ëlōhîm) de sabiduría (ḥokmâ: en este caso, más bien "talento"), de discernimiento (təbûnâ), de penetración (da'at) y de trabajo (məlā'kâ) a Besalel hijo de Ur y a Odolías hijo de Ajisamel, para que evoquen en la tierra el invisible Templo del cielo (Ex 31,1-6). Y Dios mismo *modela* (yšr Gn 2,7, por ej.) al hombre.

La diferencia entre una verdadera obra de arte y una falsa, es que aquella, sea cual sea su objeto, es, de una manera o de otra, religiosa: provoca el sobrecogimiento que se experimenta ante el misterio y la eternidad; mientras que esta es pose del ego del artista, y por eso depende de cada cual y sobre todo de la moda. Quizá sea esa la razón por la que, paradójicamente, la mayor parte del arte oficialmente "sagrado", o piadoso, ese barroco que tanto le gustaba al padre Ferro (ver más abajo), con esas misas que parecen óperas, lo mismo que ese pop que tan poco le gustaba, y estas otras misas con musiquilla de guateque, sean los dos igual de cursis y horteras: y es que es imposible inventarse una relación con Dios que obedezca al gus-

⁷ Citado por Sto. Tomas: Aeternitas est interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio (STh 1 q10 a1).

⁸ La beauté elle-même est une chose qui se trouve déjà dans la nature et que l'artiste n'a qu'à révéler en triant ce qui est parfait et en composant, avec ce choix des beautés particulières, le beau "universel", qui appartient à l'art. [...] L'idéal esthétique de Raphaël est à la fois religieux (et spécifiquement catholique) et profane (L'Art et l'homme, II, p. 420).

to del monarca o al estilo joven. Son teleles de falsos profetas (¿Cuándo volverá la Iglesia a su sobrio y profundo canto gregoriano?).

La belleza revela; la cosmética disfraza. Si reconocer a Dios en la gente es tan difícil, es porque su presencia, muchísimas veces, está enmascarada por la pose, el maquillaje, el look.

6.

Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina. Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento. Dan fruto en quienes los reciben con las disposiciones requeridas (Catecismo Católico §1131).

Originalidad (una de ellas) de la Biblia es haberse dado cuenta de que la felicidad es posible de tejas abajo.

Consiste en el amor.

Pero, aunque parezca mentira, el amor cristiano es más cuestión de estética que de psicología o de moral.

Es *cháris*, gracia y caridad. Las *Cárites*, las *Gracias*, son las diosas de la belleza. Y *agapân*, de donde viene *ágape*, es el verbo que se emplea para apreciar la obra de arte⁹: esa obra del arte de Dios que son el prójimo y el mundo, la creación.

El *ágape* no es ni compasión búdica ni filantropía burguesa. Es sobrecogimiento ante la escultura modelada por Dios y animada por el misterio de su Espíritu a su imagen y semejanza (Gn 1,26. 2,7), invitación al trabajo y al banquete sacrificial, al banquete que hace santo. Todo lo cual se resume en la Cena.

Y es que los sacramentos son obras de arte. Bien celebrados, son precisamente lo que es toda obra de arte: signos visibles de lo invisible. Sin las disposiciones requeridas, son afeites de la mentira.

Por eso, la única manera coherente de soportar los trabajos y sinsabores de la vida, es la capacidad de ver las bellezas del mundo como sacramentos de la belleza de la eternidad.

Si no se ve el mundo como sacramento, con ojos de artista o de orante, habrá que verlo con ojos de vaca que se llevan al matadero, y habrá que concluir que nos engañaron trayéndonos aquí.

⁹ Esto es lo que le pasa al artista: se complace más con todo lo que sea obra suya, que su obra, si tomara vida, se complacería con él. Pero son sobre todo los poetas los que se complacen tan exageradamente con sus poemas, que los quieren como a hijos. ὁ περ καὶ ἐπὶ τῶν τεχνίτων συμβέβηκεν· πᾶς γὰρ τὸ οἰκεῖον ἔργον ἀγαπᾷ μᾶλλον ἢ ἀγαπηθεῖη ἂν ὑπὸ τοῦ ἔργου ἐμφύχου γενομένου. Μάλιστα δ' ἴσως τοῦτου περὶ τοὺς ποιητὰς συμβαίνει· ὑπεραγαπῶσι γὰρ οὗτοι τὰ οἰκεῖα ποιήματα, στέργοντες ὡσπερ τέκνα (Aristóteles: *Ética* 1167 b 33).

7.

Isak Dinesen en sus "Memorias de África" distinguía dos tipos de animales: los respetables y los decentes. Entre aquellos (los respetables) están el pollo, el cerdo o la vaca, que tienen la particularidad de hacer lo que está previsto que hagan; se invierte en ellos y dan el rendimiento esperado. Entre los decentes están el león o las gacelas. Son porque son. No responden a expectativas, son afirmativos e imprevisibles. Los animales decentes no viven para satisfacer expectativas sociales, para rentabilizar las inversiones que se han hecho en ellos, viven ante Dios y cumplen su destino (Francisco Monteserín s.j., Conferencia 2005 11 07).

Pasa lo mismo que con aquella joven y escultural secretaria francesa que el jefe, que tenía trabajo atrasado, se llevó con su mujer a la playa. Cuando la chica salió de la cabina en tanga topless, la señora del jefe gritó, escandalizada: "Mademoiselle, vous êtes en train de donner le spectacle!" (*Señorita, ¿está usted dando el espectáculo!*). A lo cual la chica contestó: "Faut pouvoir, madame, faut pouvoir" (*Porque se puede, señora, porque se puede*).

Entonces, esta chica que está poniéndose guapa, ¿debería cubrirse, para tapar una belleza que no es más que un engaño pasajero que disfraza por un momento los humores y secreciones de debajo de la piel, que salen del cuerpo a su tiempo y a veces a destiempo, y que acabarán por emborrizarlo todo cuando se pudra el cadáver? Eso sería lo respetable. ¿O hace bien enseñando lo que tiene, una belleza que alegra el ojo y la vida?

Porque si la belleza es la aparición de la verdad, entonces la decencia consiste en revelarla. Como dijo Juan Ramón Jiménez: *De desnuda que está, brilla la estrella*.

Pero se dice que la belleza depende de cada cual.

Si la belleza no es objetiva, si no apunta a algo trascendente, a la profundidad de una realidad que no pasa, si es cosa de cada uno, se queda en cosmética, en monería, o lo que es peor, en "originalidad", en destape psicológico del artista... o en simple superchería. Ya no es una verdad que aparece revelándose, sino un engaño que aparenta lo que no es verdad. Más es cosa de cirujanos y de embalsamadores (*Si parece que está durmiendo...*) que de artistas.

Y es que, si la Belleza existe, no se deduce ni se calcula: se *des-cubre* cuando se revela, aunque cada cual aprecie la belleza según la medida que sus circunstancias de temperamento, carácter, cultura, educación, sensibilidad, sentido crítico y disciplina le permitan. Pero sobre todo, según que haya aprendido o no a esperar la revelación, y a estar despierto cuando llegue.

El mundo se parece más a una obra de arte que de ingeniería. Por lo que tiene de gratuito, de porque sí, de *decente*. Por lo que le falta de utilidad, de para qué, de *respetabilidad*. Dios hace llover sobre buenos y malos, y hace *el ganado según su género*, y todo animal que anda arrastrando sobre la tierra según su especie (Gn 1,25); y todos forman parte del drama.

8.

¡Si algún día llegara eso! (Sto. Tomás Moro)¹⁰.

Si el título de la comedia de Calderón puede tomarse en serio, si *La vida es sueño*, no es porque lo que pasa aquí no tenga importancia, sino todo lo contrario: porque tiene la trascendencia que el arte confiere a lo banal: mostrar que la vida no es ni espejismo ni pesadilla, sino sueño; o mejor, ensueño o utopía de un plan del que no hemos visto más que algún apunte, como la hermosura de esta chica, o como el arco iris.

La verdad no está en aclimatarse a la pesadilla de este valle de lágrimas, sino en saber soñar. El ensueño proyecta y construye. La pesadilla deprime y enloquece. Sin ensueño no hay proyecto, libertad, creación ni utopía: sólo queda un mundo aplastado por su falta de trascendencia. El ensueño prepara y dispone al trabajo; la pesadilla produce el paro, y la más utópica de todas las utopías: la Distopía de *The End of History and the Last Man* de Fukuyama: la Apoteosis de los Mercachifles como última perfección de la Historia. Para que la vida sea vida, no puede ser resignación ante el horror: tiene que ser proyecto de infinito.

¿Es más realista el ensueño o la resignación? Porque hay que pensar que tenemos ejemplos de los dos: hubo quien soñó con volar, y se inventó el avión; hubo quien inventó el mercado libre, y nos resignamos al paro y a la miseria.

Y aquí está el meollo de la cuestión: que hasta donde llega nuestra lógica, el "realismo" no es más "realista" que el ensueño; la hipótesis de Dios Padre de buenos y malos no es más utópica que la de la Mano Invisible que regula el mercado, y la pesadilla milenarista del comunismo, los nazis o el capital no es más probable que la utopía de una vida y de una belleza eternas.

Entendámonos: la Utopía, de *ou* (*no*), y *tópos* (*lugar*), no es el "País de Ninguna Parte", el sueño de un drogata que quiere "bajarse del mundo", sino el "Lugar del No", el "No ha lugar" de un *realismo* que *no procede*. Santo Tomás Moro no soporta las cosas como son, porque en la Inglaterra donde vive se comete la indecencia de dejar morir de hambre a la gente para engordar a los borregos, más productivos, luego más respetables que los pobres; le dice "no" a ese mundo de injusticia y proyecta otro de justicia y fraternidad.

El "realista", en cambio, quiere reducir la realidad al "hecho", a esa clase de "hechos" que, al final, no son más que fechorías. Y, si se entiende "utopista" como "mitómano", el "realista" lo es mucho más, puesto que la antiutopía se vuelve una "utopía" que aspira a que el malhechor quede siempre impune, a que el horror sea eterno, a que la vida sea una pesadilla de la que no se despierta uno más que para darse cuenta de que ya estaba despierto. El "realismo" quiere suprimir la esperanza de justicia para suprimir la rebeldía contra la injusticia.

¹⁰ Quod utinam aliquando contingeret (La Utopía, al final).

Buen ejemplo de utopía: la de esa pintada que apareció un día no sé dónde en Quebec: *Vous n'êtes pas tannés de mourir, gang de caves?* (*¿No estáis hartos de morir, banda de majaderos?*).

Pues sí. Y además de estar hartos de morir, también, y casi todavía más, estamos hartos de ser feos. La belleza eterna es una utopía porque la vida eterna también lo es. Pero, para que la belleza exista, la vida eterna *tiene que existir*.

9.

– *¿Qué más da que yo tenga fe o no la tenga? ... Los que acuden a mí sí la tienen. Y eso justifica de sobra la existencia de Nuestra Señora de las Lágrimas. Fíjese en que no es casualidad que se trate de una iglesia barroca: el arte de la Contrarreforma, del no penséis, dejadlo para los teólogos, contemplad las tallas y los dorados, esos altares suntuosos, esas pasiones que, desde Aristóteles, son el resorte esencial para fascinar a las masas... Aturdíos con la gloria de Dios. Un excesivo análisis os roba la esperanza; destruye el concepto. Solo nosotros somos la tierra firme que os pone a salvo del torrente tumultuoso. La verdad mata antes de tiempo.*

– *Hay una objeción moral, padre. Eso se llama alienación. Planeada así, su iglesia es la televisión del siglo XVII.*

– *¿Y qué? [...] Al menos mis viejas piedras, mi retablo y mi latín son más dignos que todas esas canciones con megafonía, las pantallas gigantes y la santa misa convertida en espectáculo para masas aturcidas por la electrónica. Creen que así van a conservar la clientela, pero se equivocan. La batalla está perdida, y llega el tiempo de los falsos profetas (Arturo Pérez-Reverte, *La Piel del Tambor*, cap. VIII).*

O sea, que según el padre Ferro, la humanidad no podría seguir viviendo más que a fuerza de embustes. Ya instalado en la mentira, encuentra su dignidad en el mentir. Pero aquí habrá que entender "dignos" no como "decentes" sino como "respetables": la mentira puede ser más o menos respetable, pero no es nunca decente.

Su solución es la huida hacia adelante: seguir mintiendo para alimentar la mentira. Puesto que todo es mentira, solo la mentira es verdad. Pero según la novela misma, si la verdad mata antes de tiempo, la mentira siempre acaba asesinando antes o después: la respetable mentira piadosa se convierte en indecente mentira asesina: la iglesia de Nuestra Señora de las Lágrimas "mata para defenderse", y todas las veces que lo necesita.

Pero, ¿y si la indiferencia (*¿Qué más da que yo tenga fe o no la tenga?*) del padre Ferro se debiera a que le daba miedo rezar? Cualquiera que tenga experiencia de la oración pasa, como los curas de *La Piel del Tambor*, por la desolación de la noche oscura del alma, esa sensación de vacío que da el tener la impresión de que nadie oye, de estar hablándole a la nada, al caos desprovisto de sentido, de estar inventándose por cobardía una razón para no matarse, no antes de tiempo, sino cuando todavía lo es: antes de que lleguen la incontinencia y el chocheo. Hasta que al cabo

(¿de cuánto tiempo?) entrevé la luz, y mirando bien lo que ve, presiente que por la misa, por los sacramentos, que son obra de arte (y no cosmética barroca ni megafónica), el Espíritu de verdad interpreta la existencia y lo que la vida quiere decir: que realidad, bondad y belleza son eternas.

Habrà que ver quién tiene razón.

Y no deja de ser curioso que entre dos hipótesis — "dos preguntas hipotéticas", de esas a las que los políticos no quieren contestar nunca — se tenga por más *científico* escoger la más improbable, incluso la más absurda.

Por ejemplo, Sartre reivindica su existencia y la del mundo, y niega la de Dios. Por eso, privada de significación sacramental, de su dimensión de eternidad, de aliento divino, la existencia se le vuelve repugnante como un cadáver aplastado, y en vez de llamar a la adoración, provoca la náusea. Si el mundo está ahí sin porqué ni para qué, nos estamos pudriendo vivos en un saco de basura.

10.

Tus manos me formaron y me compusieron Todo en contorno: ¿y así me deshaces?

Acuérdate ahora que como a lodo me diste forma: ¿Y en polvo me has de tornar?

¿No me fundiste como leche, Y como un queso me cuajaste?

Vestísteme de piel y carne, Y cubrísteme de huesos y nervios.

¿Por qué me sacaste de la matriz? Habría yo espirado, y no me vieran ojos.

Fuera como si nunca hubiera sido, Llevado desde el vientre a la sepultura (Jb 10,8-12.18-19).

El profeta o el artista es también testigo de lo feo, de lo horrible, de lo caótico. Si solo contemplara lo bonito, mentiría. Lo feo, horrible y caótico, el absurdo, lo tremendum, forman parte del misterio del mundo como situaciones que nos ponen de cara al Gran Misterio, que nos empujan hacia una profundidad tenebrosa en la que se entra y en la que se lucha con lo que se tiene de luz, hasta que un día (¿cuándo?) esa luz acabe por iluminarlo todo, y revele el sentido de la tiniebla. Un arte que le volviera sistemáticamente la espalda al horror, al Misterio, se quedaría en monería, publicidad o propaganda. El falso artista, como el falso profeta, maquilla la realidad con los colores de sus visiones, que es casi siempre lo que se necesita para *vender* sus ideas (Ahora que la exposición de la violencia es tan poco politicalicorrecta, ¿habrá que quitar el viacrucis de las iglesias, para que no lo vean los niños?).

Por eso, y a pesar de todo, no iba descaminado el padre Ferro en su repulsión por la cursilería y la horterada, por el marketing religioso, que intenta embadurnar a la Madre Iglesia con potingues baratos para que parezca joven, y lo único que hace es que, además de vieja, que no es una vergüenza, parezca chocha.

Así, cuando leemos con atención el Libro de Job nos damos cuenta de que lo tremendum no es lo contrario de lo fascinans, sino su otro aspecto; es el indicio, no de

la ausencia de Dios, sino de su Trascendencia, de la profundidad de su Misterio, en el que nos perdemos, que ninguna técnica, ni lógica, ni moral, puede prever ni manipular; que únicamente el arte, la profecía o la inocencia pueden entrever o adivinar.

¿Traicionó Dios al niño Job?

¿Engañamos a los niños haciéndolos venir al mundo, haciéndonos cómplices de ese dios de muertos que es Cronos, el Tiempo que devora a sus hijos?

Las mujeres tienen miedo de la vejez, y los niños le tienen miedo a la bruja. Pero ¿cuál es la ilusión, la juventud o la vejez, el ángel o la bruja?

¿Se está engañando al niño con su alegría ante el mundo? El agua, los animales, los juegos y la risa, ¿son mentira? ¿Se nace sólo para sufrir, entontecer, agonizar y morir? La alegría de los pequeños ante la existencia sería un engaño y una crueldad inútil de Dios si no hubiera resurrección.

Pero los niños, que ríen y juegan, se maravillan de la hermosura de la Creación, sienten que la Creación es buena, saben que la bruja nunca gana la partida. Y Jesús les da razón: *De cierto os digo, que si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos... Mirad no tengáis en poco a alguno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre la faz de mi Padre que está en los cielos* (Mt 18,3.10).

Pero *A la hechicera no dejarás que viva* (Ex 22,18).

Lo fascinans nos pone ante la proximidad, la interioridad de Dios; lo tremendum, ante el secreto de su santidad.

Y nada hay más horrible, más tremendum que la Cruz: es el sufrimiento del Inocente, la crueldad del poderoso, el triunfo de la injusticia, la indiferencia o la incapacidad de Dios, que no hizo nada por pararle los pies a Caifás ni a Pilatos, a Hitler ni a Stalin. Ni siquiera podemos entender por qué Dios consintió que lo crucificaran, ni por qué consiente que se siga crucificando a tanta gente (*Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros*. Lc 23,39). Su pensamiento no es el nuestro. Estamos ante el Misterio. Solo podemos escoger entre entrar en él o pasar de largo.

La Cruz de Jesús es tremenda *atque* fascinans, horrible y, al mismo tiempo, fascinante. Porque es camino de eternidad, matriz del cuerpo resucitado. Si se quedara en pena de muerte, entonces, ¿para qué nacer? Sin Resurrección, el Magnificat (Lc 1,46-55) fue la más cruel de las falsas ilusiones.

Pero María cantó el Magnificat, y no creo que fuera por inconsciencia, porque no barruntó lo que se les venía encima a su Hijo y a ella, sino porque, al contrario, sabía que por encima de la economía de la riqueza y del poder, hay una Economía de la Gracia.

Dios, al final, también se revela en lo tremendum. Y en lo más horrible de todo: en la impotencia del amor, en su incapacidad para imponerse destruyendo. Eso no lo sabían los curas de *La Piel del Tambor*.

¿La existencia es mala? Es dolorosa. Pero ya Sócrates se dio cuenta: "No se le puede hacer daño a un hombre de bien". Aunque se le pueda hacer sufrir hasta que pida la muerte, hasta que le pregunte a Dios por qué lo ha abandonado, como Job y como Jesús. Pero no se le podrá dañar el alma para que diga que lo blanco es negro y lo negro blanco, o que todo vale. Morirá en la cruz o en la hoguera, pero gritando la verdad.

Al final

11.

Y díjome: Hijo del hombre, ¿vivirán estos huesos? Y dije: Señor Jehová, tú lo sabes. Díjome entonces: Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho el Señor Jehová a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré nervios sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová (Ez 37,3-6).

Al final nos parece más razonable pensar que la belleza llegó para quedarse, que tenemos más posibilidades de ganar apostando por la realidad de la chica que por la del esqueleto, por el instante como átomo de la eternidad que como átomo del tiempo.

También apostamos nuestro valle de lágrimas de dolor, de rabia o de cocodrilo a que el engaño está en creer que la vida no es más que una halloween al revés en la que, durante un momento, las carroñas del cementerio se pasean disfrazadas de personas. No, el esqueleto del espejo no es lo definitivo: apostamos por leer a Ezequiel casi al pie de la letra, por la belleza como sacramento de la eternidad, contra la belleza como cosmética de la podredumbre.

Cuando se trata de escoger entre la significación o la insignificancia del mundo, es difícil creer que la nieve, la niebla, las flores, los pajarillos y las chicas guapas no sean más que afeites de tanatorio, y la belleza nada más que un espejismo en el desierto de la nada. Aquí apostamos por la significación del mundo. ¿Es tan absurdo creer que, a medida que la belleza desaparece de la vista, se vaya guardando en esa otra dimensión, más real que la realidad, más natural que la naturaleza, en una dimensión sobrenatural donde el pecado y la muerte "no han lugar"? Apostamos por la niña del espejo. El espejismo es el esqueleto.

Si la verdad fuera el horror, entonces el no ser sería lo que de verdad es; y el ser, la verdad, la belleza y la vida serían la apariencia, la mentira: es decir, que la verdad sería mentira. Lo cual, a pesar de que parezca juego de palabras, es bastante racional. Pero poco razonable.

Y aquí está la verdadera apuesta: si el Evangelio, la Buena Nueva de verdad y de vida es un montaje de mentiras piadosas para que los esclavos y los desgraciados

no se maten "antes de tiempo" provocando una penuria de mano de obra, las personas respetables pueden seguir viviendo: basta con pensar *positivo*. Las personas decentes, no.

12.

Porque el continuo anhelar de las criaturas espera la manifestación de los hijos de Dios. Porque las criaturas sujetas fueron a vanidad, no de grado, mas por causa del que las sujetó con esperanza, Que también las mismas criaturas serán libradas de la seruidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen a una, y a una están de parto hasta ahora. Y no solo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo (Rm 8,19-23).

Pero ¿cómo será un cuerpo — ¡un mundo! — resucitado? Evidentemente, es imposible imaginarlo. A uno le da devoción ir al circo, a ver cómo las leyes de la física, en vez de entorpecer a las criaturas, se armonizan con ellas para volverse poesía. Caballistas, payasos, domadores, trapevistas, niños que juegan con leones, gatos que andan de pie, equilibristas, elefantes que se suben a una silla, platos que bailan sobre un bastón sostenido por una nariz... Y ¿quién sabe si la música de los ángeles, más que al Aleluya de Händel, no se parecerá a las marchas de Sousa?